

María Solar

Las malas ideas



MARÍA SOLAR

Las malas ideas



As malas ideas ha sido originalmente publicada en gallego por Xerais y traducida por la autora.

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© María Solar, 2026.

Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-39-9

Depósito legal: M. 391-2026

Printed in Spain

Envejecer es aprender a perder [...].

Perder lo que te han dado, lo que te has ganado, lo que te merecías, aquello por lo que luchaste, lo que pensabas que nunca perderías.

DELPHINE DE VIGAN, *Las gratitudes*

*O paso da vida
a froita madura
o aroma inmortal
o todo e a nada*

GUADI GALEGO, *Pélagos. Contos oníricos*

Detonaciones múltiples

El día en que murió su padre, Elías estaba desbordado a causa de la crisis desatada por unos váteres químicos. Ese había sido el motivo del mayor y más vergonzoso plante de un equipo técnico en la historia reciente de las series españolas, y tal vez europeas. Una producción parada un solo día, incluso unas horas, era como un patito de baño flotando al pie de un desagüe, un vórtice engullendo miles de euros cada segundo. Más, si el rodaje era en una isla extranjera con equipo desplazado; más aún, si ese día les habían aprobado un permiso especial para filmar en un espacio natural protegido, conseguido tras una ardua negociación; más incluso, si habían venido especialistas franceses para una secuencia peligrosa. Más, más y más. Una suma espantosa de factores que hacían de aquel día el peor para que el equipo se negara a trabajar porque no disponían de váteres químicos.

La bronca se desató de forma explosiva, y sin que un viejo zorro de la producción como Elías la viese venir. Había sido un auténtico imbécil y su error le detonó en la cara. Un error de bulto, impropio de un kilometrado productor como él. Sin duda, la noticia del plante corría

como la pólvora de móvil en móvil y de rodaje en rodaje por todas las series del país. Elías sabía que sería el centro de la mofa de todos, desde los meritorios hasta los productores ejecutivos.

Había que intentar solucionarlo. Lo primero era ir en persona al set para hacerlos entrar en razón. Veinte minutos de conducción temeraria para llegar cuanto antes, prestando mínima atención a las enrevesadas carreteras de Madeira. Por algo la isla era el paraíso de los montañeros, aunque no había semana en la que no se despeñara alguno de ellos por sus preciosos acantilados, barrancos o calderas. Para la serie había sido un infierno en todo lo relacionado con el transporte.

—*Na Madeira não existem maus condutores* —comentó la chofer del microbús que alquilaron la primera vez que la avanzadilla de los directores de equipo llegó a la isla—. *Eles estão todos mortos*. —Concluyó la frase y soltó una gran carcajada, que no fue compartida por los sudorosos miembros de la producción, quienes no quitaban ojo de los precipicios al borde de las ruedas en una carretera tan angosta.

Esa vez era diferente, y la angustia de Elías por llegar era tal que toda su atención se volcaba en las llamadas telefónicas que realizaba, una tras otra sin parar, a aquellos mismos jefes de equipo. Las ruedas pisaban muy cerca de los acantilados mientras él hablaba con la directora, con la primera de dirección, con el director de fotografía, con el jefe de eléctricos, con Nievesita —la *gaffer* y cabe-cilla de la sublevación— y, sobre todo, con Crisanto —jefe de su equipo de producción—, que, con voz ati-

plada por los nervios, le fue dando detalles del avance de la situación. Como intento desesperado les ofreció lanzaderas programadas hasta los váteres de un local que estaba a escasos quince minutos del set. Era una solución, si querían aceptarla. Pero no quisieron, estaban en su derecho de tener un váter a mano y disponer de él cuando lo precisaran. Y se plantaron.

Cuando por fin logró llegar al paraje en el que rodaban, ya estaba todo hablado. Solo pudo confirmar el plante, que el equipo escenificó en su presencia, permaneciendo todos sentados. Elías aguantó el tipo como pudo. Sabía perfectamente que vociferar y perder los papeles nunca solucionaba el cabreo de un equipo. Pero también sabía que lo de los váteres solo había sido la gota que colmaba el vaso, sumada a varias jornadas caóticas, a mal tiempo y mojaduras, a cambios de horario y planes de un día para otro, a muchos meses de trabajo fuera de casa, a jornadas sufridas e interminables, algunas de ellas mal planificadas; había que reconocerlo todo. Podían haber reventado por cualquier cosa, por un catering frío, como ya había sucedido demasiadas veces en las últimas semanas. Solo precisaban un detonante para explotar. Y les tocó a los váteres.

Por separado, ninguna de esas razones era algo que no hubieran sufrido con anterioridad en otras producciones, solo que esa vez se hartaron. Habían confluído demasiados problemas, todo se tensionó y la cuerda se rompió. Se plantaron, sí, y no podía decir que les faltara razón. Tal vez no eran maneras, pero él no había estado atento. A veces es importante un detalle de amor para un equipo

que está sobrepasado, cansado y que salva las dificultades diarias, jornada tras jornada. Debió darles ese cuidado extra, un catering especial, unos tentempiés variados a media mañana, una bandeja de snacks y gominolas o los puros váteres químicos. Ya era tarde, pero había que traerles váteres. Conseguirlos, seguramente a precio de oro por la premura. Siempre alguien saca tajada de las hecatombes.

Hasta el paisaje y la llovizna cayendo ligera eran el perfecto escenario para aquel desastre. No permaneció allí más de veinte minutos, en los que la fina lluvia lo fue calando. No había más negociación que acceder a darles lo que pedían y mejorarles las condiciones hasta el final del rodaje, al que todavía le quedaba un mes. Antes de subir de nuevo al coche miró las montañas y el valle. La laurisilva, imprescindible en el guion, perpetuaba la humedad de una forma pegajosa. Y aún se lamentó por lo bajo con una última frase que no tenía más destinatario que él mismo.

—Nos habría ido mejor rodando en Canarias, que también hay laurisilva y tenemos un *service* cojonudo.

Regresó a la oficina derrotado, conduciendo más despacio, ya con tiempo de advertir de nuevo el peligro de los acantilados y, de camino, sufrió la segunda detonación. Su padre había muerto víctima de un accidente cardiovascular. Esas fueron las palabras que Julia, su mujer, pronunció en su llamada: «Tu padre ha fallecido, víctima de un accidente cardiovascular». Parecía la narración de una periodista. «Se ha perpetrado un atentado» era una frase similar. Algo así solo puede sonar bien desde la pantalla de un informativo, nunca en la vida diaria.

Nadie sale a la calle y le dice al vecino: «Se ha perpetrado un atentado». La segunda detonación sonó a narración fría y distante: «Tu padre ha fallecido, víctima de un accidente cardiovascular». Una frase contundente que llevaba implícito el cabreo de Julia.

Circulando por aquella carretera tan lejos de Ferrol, el nuevo giro de la situación parecía irreal.

En matemáticas un suceso seguro es algo que va a ocurrir, y un suceso imposible es lo que nunca va a suceder y, por tanto, tiene probabilidad cero. Un suceso seguro es la muerte, porque todos vamos a morir. Es seguro pero raro, con poca frecuencia; de hecho, solo sucede una vez en la vida. Un suceso casi imposible es que todo un equipo se ponga en huelga por un vóter químico. Es casi imposible, pero había sucedido. Elías intentaba asimilar cómo la muerte de su padre podía coincidir en el tiempo con el peor día de su vida profesional. Qué tipo de probabilidad del destino, confabulación de astros o lo que fuese podía hacer coincidir dos hostias así, poniendo patas arriba su vida personal y profesional. Las malditas probabilidades que nunca acertó a resolver en la carrera de Matemáticas se habían vuelto en su contra también en la vida.

Con razón había plantado los estudios para dedicarse al improbable y caótico mundo audiovisual. Un mundo que nunca fue capaz de explicarle del todo a su padre, y que este tampoco puso demasiado interés en conocer, más allá de: «Elías hace películas».

Así, tuvo que elegir entre dedicar su empeño a solucionar la absurda crisis del rodaje o salir inmediatamente a buscar los enlaces de vuelos para llegar a tiempo al en-

tierro. La responsabilidad o la familia. Esa era la encrucijada. La misma de siempre, con otras circunstancias.

Fríamente, lo de su padre ya no tenía remedio, y lo laboral era de máxima urgencia. Así que eligió solucionar la carísima desbandada de la serie, que debía resolverse con un par de llamadas, si no hubiesen estado en una isla portuguesa, lejos de los proveedores habituales y a merced de intermediarios escasos de medios, y más escasos de interés.

—Lo único que te salva el culo, tras esta chapuza impropia de ti, es el problema personal que tienes encima y la confianza de años que nos une, Elías. Cógete unos días para ir al funeral de tu padre antes de que lo hundas todo. —El productor ejecutivo expresó así lo más parecido a un pésame que se podía esperar de un tipo que acababa de perder mucho dinero por su culpa.

—Antes voy a solucionar este desastre, Roberto. El entierro es mañana, pero hoy dejaré esto solucionado, te lo aseguro.

Es curioso cómo alguien puede pasarse la vida arreglando marrones, organizando, contratando, anticipándose a los problemas, trazando y ejecutando planes, gestionando equipos, jornadas, horarios, ambiciones y vidas... y, cuando llega el momento, no es capaz de llegar a tiempo al entierro de su padre.

—Por Dios, Julia, tienes que atrasarlo.

—No se puede atrasar, Elías. Esto no va así. He hablado con el cura, te lo juro. Pero tiene un montón de parroquias y muchas ocupaciones. Tiene más agenda que el papa, y kilómetros entre una iglesia y otra. Me ha dado mil excusas, pero «que no», resumiendo.

—¡No me jodas! —soltó enfadado—. Son dos horas, solo se trata de retrasarlo dos horas, Julia. Dame su teléfono. Tiene que entenderlo. Hoy he tenido un cristo descomunal en el rodaje. No puedes ni imaginarlo.

—Elías, que no. El mundo no gira en función de tus rodajes.

Estaba seguro de que si hablaba con él lo conseguiría. Cualquier productor de medio pelo convence a diario a la gente de que lo que le ofrece le conviene: el salario, el papel, los guiones, el pago por los servicios, todo. Un vulgar párroco no podía ser más duro de pelar que un equipo de rodaje. O podría ser que sí. Nunca lo sabría.

Le colgó.

A veces le parecía que Julia se alineaba con el otro bando para evidenciar sus defectos.

—¡Tengo váteres! —gritó exultante Martínez, dos mesas más adelante, después de colgar con fuerza el teléfono. Treinta y dos años de juventud y entusiasmo—. Mañana a las 16:30 los tendremos instalados en el set; antes, imposible.

Elías se acercó a darle un sonoro beso en la frente.

—¡Perfecto! Contacta con todos, hay que desarmar esto. Y cambiar la orden de rodaje por la jornada que hemos perdido y el retraso de mañana. Esto nos va a obligar a rodar allí dos días. Es imposible hacerlo en una sola jornada si empezamos por la tarde. Aprovecharemos la luz, y el resto al día siguiente. Están todos avisados. Los llamé hace una hora para advertirlos de que, si resolvíamos esto, mañana mantendríamos el plan de rodaje, contadles las novedades. Lo primero es solucionar el

permiso para rodar en la reserva natural. Hay que ampliarlo por dos días. Me han asegurado que no habrá problema.

—¿Y para esto hemos perdido una jornada y media? Podían haber pedido los váteres sin parar la producción —comentó quejoso Martínez.

—Es una demostración de fuerza, y de cansancio. Esta serie está siendo una agonía. No vamos a perder solo esto, habrá que asumir cambios. Están hartos y cabreados. Necesitamos aligerar un poco el plan de rodaje. Hay que aceptarlo y ampliar unos días más, en lugar de ir tan al límite. Esta vez fue un paro, la próxima puede ser una estampida. Tendréis que poner vosotros todo eso en marcha. Está hablado con Roberto.

—Pues estarán contentos los socios de la plataforma —comentó con ironía Martínez antes de coger el teléfono para seguir marcando números.

Elías volvió a su mesa para hacer también varias llamadas y comunicar a todos el fin de las hostilidades. Además, debía llamar a Julia, no había estado nada bien colgarle el teléfono. No podía reprocharle nada cuando ella se había hecho cargo de los últimos días de su padre. Echó en el vaso el agua que quedaba en la botella de plástico. Era una de sus manías; no le gustaba beber directamente del envase, usaba vaso de cristal.

Sonia se acercó.

—Spelling, he conseguido que puedas llegar en torno a una hora después del inicio de la misa del entierro. Es la mejor combinación. Rebaja un poco las dos horas de retraso que manejabas. Hay que renunciar a ir a un aero-

puerto gallego y viajar vía Porto. En dos horas de vuelo estarás allí; en el aeropuerto he reservado un coche de alquiler, y te quedarán unas tres horas y cuarto conduciendo a Ferrol, ¿te sirve? A nada que se retrasen, puede que les des alcance en el cementerio.

—¡Me sirve! —contestó con el hilo de ánimo que le quedaba—. Gracias por la ayuda.

Sonia siempre estaba para echar una mano. Él intentaba que nunca faltase en los equipos que formaba para cada producción. La gente de confianza que reúnes con los años es un tesoro. El tesoro de cada jefe de equipo y, muy especialmente, del departamento de producción.

—Fírmame esto antes, y vete, porfa —dijo ella dejando unos papeles sobre la mesa justo delante de él.

Elías los acercó y firmó cada página.

Ciertamente, aquel «Spelling» había sonado poco oportuno en el momento profesional en el que estaba. Era un alias cariñoso que su equipo le había puesto porque aseguraban que Elías mandaba más que Aaron Spelling, el productor todopoderoso que firmó, una tras otra, las más afamadas series americanas de la década de los noventa. Un viejo genio que había alcanzado el estatus de semidiós clásico. Spelling esa vez acababa de juntar dos buenas cagadas.

—Vete, por favor, relájate y coge unos días. Atiende lo de casa y no te preocupes por esto. Lo siento mucho, de verdad —insistió Sonia.

Por primera vez, escuchándola, Elías reparó sentidamente en la pérdida de su padre. Al quitarse de encima el problema del equipo, ya quedaba a flor de piel un único

asunto: su padre había muerto sin que su único hijo estuviera con él, ni para el entierro.

—Yo también lo siento. Nuestra relación era bastante fría. Él nunca me entendió y yo nunca me ocupé de su vejez. No deberían haber sido así las cosas.

—Las cosas son como vienen. Os imagino: dos cabezas no dando el brazo a torcer. —Sonia le acarició el pelo—. Estoy segura de que te quería.

—Claro que sí. Y yo a él. Aunque pocas veces lo veía.

—Vete, anda. Prepara las cosas, haz las llamadas que tengas que hacer y yo enviaré en tu nombre una corona que llegue antes que tú para que la vea todo el mundo —añadió sonriendo—. Los entierros son para los vivos, a él poco le importa ya que no llegues a tiempo.

Elías recogió en la mochila su material de trabajo y salió de la oficina. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí. Los otros tres compañeros se levantaron a su paso para darle un beso de pésame. Un beso por lo personal y, seguramente, también un poco por lo profesional.

Sonia caminaba a su lado, escoltándolo hasta la puerta. La cruzaron y, fuera, pronunció una última frase de consuelo:

—Mi padre era marinero. ¿Te lo había contado? Estaba embarcado, pasaba meses fuera de casa cuando iba a las mareas. Yo nací antes de lo previsto y él no llegó a tiempo. Somos marineros, Elías. No te fustigues. Lo nuestro es así.

—Sí, somos marineros.

En ese momento comenzó el viaje de regreso, sabiendo que llegaría solo para fracasar.